

SOLIDARIDAD CON NICARAGUA

La ambivalencia estratégica de la política antiimperialista mexicana en las décadas de 1920 y 1970

Alejandra G. Galicia y Mariana Bayle

INTRODUCCIÓN

El presente artículo busca problematizar la relación de solidaridad desde México hacia Nicaragua en dos periodos: las décadas de 1920 y la de 1970, en tanto estos vínculos expresaron la política de ambivalencia estratégica del régimen mexicano. Estas políticas se caracterizaron por sostener una retórica antiimperialista y por asentarse en un complejo entramado institucional que permitió posicionar a México como actor decisivo frente a la injerencia norteamericana en América Latina durante el siglo XX. A partir de este análisis procuramos problematizar la imagen de México como país antiimperialista, latinoamericanista y receptor de exilios.

El trabajo está organizado en seis apartados. En el primero, abordamos la categoría de solidaridad y su relación con el antiimperialismo para poder comprender su dimensión política y explicar cómo funcionó dentro del régimen mexicano. En el segundo apartado, damos cuenta de la ambivalencia estratégica como una característica del régimen mexicano, mientras que en el tercero planteamos su relevancia en dos momentos significativos para América Latina: las décadas de 1920 y 1970. A partir de estas caracterizaciones situamos la importancia de las relaciones entre México y Nicaragua. Por ello, en el cuarto apartado abordamos la presencia del guerrillero nicaragüense Augusto Sandino en México en 1929 y las consecuencias de

esa estancia. En el quinto, analizamos la conformación en 1974 del Comité de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua [CMSPN] como expresión de la ambivalencia estratégica y, en el último apartado, indagamos en la narrativa antiimperialista elaborada por el CMSPN en la publicación *Gaceta Sandinista*, para luego pasar a las conclusiones.

LA SOLIDARIDAD COMO POLÍTICA ANTIIMPERIALISTA

La solidaridad internacional ha sido parte sustancial de las manifestaciones del antiimperialismo latinoamericano.¹ Como señala Andrés Kozel (2015), el antiimperialismo puede definirse como una modalidad de resistencia política y cultural que involucra aspectos diversos, entre los que cabe mencionar un tipo de discurso, una retórica y una simbología. En distintos momentos del siglo XX, solidaridad y antiimperialismo se han conjugado experimentando diversas formas a partir del contexto geopolítico, de la relación de fuerzas a nivel interno y externo, de las configuraciones ideológicas y de su relación con las clases dominantes.

A partir de lo anterior, consideramos que existió una especificidad política que definió la configuración del tipo de antiimperialismo y solidaridad que se desplegó desde México hacia América Latina. Fueron

1 En las prácticas y el lenguaje político, la solidaridad debe distinguirse del internacionalismo, aunque en varios momentos de la historia hayan operado conjuntamente. La noción / prácticas / acciones de solidaridad están relacionadas con la adhesión a una causa que se considera común entre personas o grupos de personas. En términos antropológicos, se considera como la prestación de servicios y bienes realizada sin garantía de devolución con el objetivo de crear, mantener o reconstruir un vínculo social (Fernández Hellmund, 2015), independientemente del posicionamiento ideológico frente a una causa, de forma transversal.

El internacionalismo, por su parte, está estrechamente vinculado al ideario de izquierda. En la tradición socialista, la lucha principal se despliega entre clases antagónicas que trascienden las fronteras nacionales, la consigna que la condensa, como reza el Manifiesto Comunista, es “¡proletarios del mundo, uníos!”. Mientras que, para el anarquismo, se considera un hecho natural y una exigencia ética. Ahora bien, el internacionalismo no es exclusivo del ideario de izquierda. Según Perry Anderson (2002) el término puede aplicarse a toda perspectiva o práctica que tiende a trascender la nación hacia una comunidad más amplia, de la que las naciones siguen constituyendo las unidades principales y el punto de anclaje de su configuración.

A partir de estas consideraciones podemos señalar que la solidaridad implica la adhesión a una causa que usualmente se concibe como justa, mientras el internacionalismo se vincula a un corpus ideológico definido, que implica mayor organicidad –militancia, propaganda, proselitismo– además de simpatía por la causa que se promueve. La solidaridad puede expresarse desde posiciones de izquierda y derecha y tienen como objetivo adherirse y actuar a favor de una causa y contra un enemigo común.

estos elementos sustanciales en la legitimación, tanto a la interna como hacia el exterior; que caracterizó al régimen político mexicano durante gran parte del siglo XX. Configuración que operó no solo en la disputa de sentidos frente a fuerzas opositoras sino también con el objetivo de recrear un imaginario revolucionario y antiimperialista que le permitió situarse frente la dicotomía de la Guerra Fría en oposición tanto al capitalismo como al socialismo, a partir del tercermundismo.

Desde estas coordenadas, sostenemos que el antiimperialismo mexicano se articuló a partir de una estrecha relación entre los grupos políticos y las élites intelectuales, definido por una particular relación entre Estado y sociedad. Como ha señalado Arnaldo Córdova:

Una de las características esenciales que define al Estado mexicano es, sin duda alguna, su política de masas, en la cual se funda su poder sobre la sociedad [...] la eficacia del Estado y su éxito o fracaso como rector de la vida económica y social de México ha estado siempre en relación directa con la eficacia o deterioro de su política de masas o [...] con el control y ascendente del Estado sobre las amplias capas de la población trabajadora de las ciudades y el campo (Córdova, 1979, p. 9).

Esta relación, basada en la limitación y el condicionamiento de los sectores populares como sujeto político y su encuadramiento en las corporaciones organizadas desde el partido gobernante, se legitimó a través de narrativas fundantes del Estado mexicano posrevolucionario, donde el antiimperialismo tuvo un papel esencial.

Manifestándose como una directriz frente a la presencia norteamericana en América Latina, el antiimperialismo se desarrolló sobre vías de acción variables de acuerdo con la coyuntura histórica. Así, se instrumentó a través de una serie de procedimientos y medidas variadas que apuntaron a sostener la legitimidad del régimen mexicano, tanto dentro como fuera del territorio del país. La solidaridad internacional fue una de las acciones políticas con mayor impacto, sobre todo en las décadas de 1920 y 1970.

Permitiendo cierta transversalidad ideológica, la solidaridad logró captar un amplio espectro social. Dentro de la lógica de partido de Estado, la solidaridad con otras naciones latinoamericanas no se orquestó desde la sociedad civil, sino que se elaboró de arriba hacia abajo, siendo las élites culturales vinculadas al poder uno de sus principales articuladores. Este tipo de política incluyó un conjunto de actividades diversas: desde el reconocimiento diplomático, la difusión mediática, la recepción de exilios y en ciertos casos el apoyo y financiamiento a organizaciones de países latinoamericanos.

LA AMBIVALENCIA ESTRATÉGICA

Consideramos aquí que las acciones de solidaridad pueden ser leídas, en buena medida, como expresión de la ambivalencia estratégica del régimen en las coyunturas en donde México vio comprometida su estabilidad interior y su posición regional ante el despliegue de Estados Unidos en América Latina. Entendemos la ambivalencia estratégica como una característica del régimen que se configuró a partir de la institucionalización de la Revolución y operó en distintos momentos históricos, conjugando la dimensión externa con la interna. El anti-imperialismo y el latinoamericanismo fueron manifestaciones privilegiadas de dicha política y ocuparon un rol fundamental como dos caras de una misma moneda: el primero como oposición y el segundo como filiación.

Después del levantamiento armado iniciado en 1910, los gobiernos posrevolucionarios elaboraron una serie de principios y discursos que apelaban a la filiación de México con América Latina, fundados en la idea de la Patria Grande, de un origen, una historia y una lengua común. Uno de los primeros acercamientos de este tipo fueron las comitivas integradas por importantes intelectuales mexicanos, entre los que se destaca el escritor Isidro Fabela, como parte de la Doctrina Carranza.²

Un objetivo cardinal de estas comitivas diplomáticas fue la difusión de propaganda oficial asentada en una narrativa antiimperialista que se fundaba en la oposición entre la raza latina y la raza sajona, la superioridad moral de la primera sobre el materialismo de la segunda y la fraternidad entre los pueblos latinoamericanos. El libro propagandístico *La doctrina Carranza y el acercamiento indolatino*, de

2 La Doctrina Carranza, promulgada por el presidente Venustiano Carranza en 1918, fue el eje articulador de la política exterior de los gobiernos surgidos de la lucha armada iniciada en 1910. Dicha doctrina consta de cuatro ejes, a saber: 1. Todas las naciones son iguales ante el Derecho. En consecuencia, deben respetar mutua y escrupulosamente sus instituciones, sus leyes y su soberanía, sometiéndose estrictamente y sin excepciones al principio universal de no intervención; 2. Nacionales y extranjeros deben ser iguales ante la soberanía del Estado en que se encuentran; de consiguiente ningún individuo debe pretender una situación mejor que la de los ciudadanos del país donde va a establecerse y no hacer de su calidad de extranjero un título de protección y privilegio; 3. Las legislaciones de los Estados deben ser uniformes y semejantes en lo posible, sin establecer distinciones por causa de nacionalidad, excepto en lo referente al ejercicio de la soberanía; 4. La diplomacia debe velar por los intereses generales de la civilización y por el establecimiento de la confraternidad universal; no debe servir para la protección de intereses particulares ni para poner al servicio de estos la fuerza y la majestad de las naciones. Tampoco debe servir para ejercer presión sobre los Gobiernos de países débiles, a fin de obtener modificaciones a las leyes que no convengan a los súbditos de países poderosos (Galindo, 1919).

Hermila Galindo (1919), una de las integrantes de estas comitivas, es ilustrativo:

Como resultado de su trabajo [...] llegará un día en que el corazón de la América Latina lata al unísono; llegará un día en que todas las jóvenes racionalidades de este continente se fundan en un supremo abrazo de amor; llegará un día en que no más el oro corruptor o la fuerza opresora de los grandes impidan a nuestra raza cumplir con sus altos y gloriosos destinos (Galindo, 1919, p. 155).

Apoyados en este tipo de discursos, los sucesivos gobiernos mexicanos sostuvieron una política antiimperialista y latinoamericanista compleja con distintas configuraciones históricas hasta la década de 1970. Dicha política, en el plano nacional, abonó a la legitimación y el fortalecimiento del régimen frente al surgimiento y organización de los sujetos populares (campesinos, obreros, estudiantes y la clase media) como fuerzas opositoras dentro del espacio público. En su dimensión externa contribuyó a la proyección de México como un referente latinoamericano, difundiendo una imagen de nación favorable a las causas progresistas del continente, sobre todo en oposición a procesos dictatoriales.

En otras palabras, en el plano interno, el priismo desplegó lógicas corporativas de legitimación y control social que condicionaron las demandas del movimiento a cambio de respaldo político y neutralizaron su organicidad mediante la cooptación, el clientelismo y la represión. En el plano externo, dicha política constituyó una imagen de México neutral frente a conflictos internacionales, respetuosos de las instituciones de cada país, y en los casos más significativos como receptor de exiliados. De este modo, la ambivalencia estratégica puede definirse como el desarrollo de políticas en apariencia contradictorias pero que obedecieron a una misma lógica: el fortalecimiento y la consolidación del régimen.

En esta lógica de ambivalencia estratégica, la política antiimperialista se estructuró bajo tres pilares en los que se conjugó tanto un entramado institucional como una retórica oficial, evidente especialmente en las décadas de 1920 y 1970:

1. Una imagen de Tierra Revolucionaria. Desde 1917 hasta 1940 los gobiernos en turno configuraron una interpretación de los orígenes del levantamiento armado de 1910 y su consolidación a partir de la promulgación de la Constitución de 1917. Dicha imagen explicó a la Revolución mexicana como un proyecto de sociedad que se basaba en las demandas de campesinos, indígenas y obreros para la construcción de una sociedad más

justa, en procura del progreso y la modernidad. Esta imagen fue propagada por América Latina y tuvo recepción en los círculos intelectuales de la región (Galicia, 2015).

2. El Poder Ejecutivo y el Partido Revolucionario Institucional asumieron la representación popular. El régimen de partido único, que gobernó el país gran parte del siglo XX, utilizó mecanismos corporativistas con los que controlaba a los sectores campesinos, obreros y a la clase media.³ Así, tuvo la capacidad de hegemonizar la definición de identidades de los diferentes sectores sociales y sostener el discurso de Tierra Revolucionaria, lo que le permitió encauzar la organización de los sectores populares.
3. Configuró a partir un entramado jurídico –artículos 33 y 89 de la Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos y la Doctrina Estrada– una política exterior de no intervención.⁴ Con este marco jurídico los gobiernos mexicanos pretendieron diplomáticamente no manifestarse sobre la soberanía de cualquier otro país.

3 Como ha señalado Córdova (1977), la excepcionalidad del Estado mexicano “ha sido su gran capacidad para absorber el impacto que produjo, en todo el continente, el ingreso de las masas en la política y, también, para convertir la política de masas en un instrumento del fortalecimiento de su propia estructura y de su propio ascendiente en el seno de la sociedad”, lo que le ha otorgado una considerable estabilidad. “Y todo ello, lo que puede antojarse paradójico, aunque solo en apariencia, sin que las propias masas decidieron, por sí solas, ni el carácter, ni la tendencia histórica, ni el programa político, económico y social de tales instituciones”.

4 El capítulo III, referente a los extranjeros, el artículo 33 de la Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos, señala: “Los extranjeros no podrán de ninguna manera inmiscuirse en los asuntos políticos del país. Además de conceder al Ejecutivo la facultad de expulsar de su territorio, sin necesidad de juicio previo y sin concederle recurso de amparo, a todo extranjero que juzgue inconveniente o que se inmiscuya en los asuntos políticos del país”. Por su parte dentro de las facultades del Poder Ejecutivo el artículo 89 en su fracción X señala: “El Poder Ejecutivo tiene la facultad de dirigir la política exterior y celebrar tratados internacionales a partir de los siguientes principios: la autodeterminación de los pueblos; la no intervención; la solución pacífica de controversias; la proscripción de la amenaza o uso de la fuerza en las Relaciones Internacionales; la igualdad jurídica de los Estados; la cooperación internacional para el desarrollo; el respeto, la protección y promoción de los derechos humanos, y la lucha por la paz y la seguridad internacional”. Dichos principios fueron complementados con la Doctrina Estrada, elaborada por el diplomático Genaro Estrada en 1930, que se pronunció contra los reconocimientos unilaterales sobre si un gobierno extranjero es legítimo o ilegítimo, especialmente si este proviene de una revolución. Ver <https://www.juridicas.unam.mx/legislacion/ordenamiento/constitucion-politica-de-los-estados-unidos-mexicanos> y <https://www.revistadelauniversidad.mx/storage/2df2bbdb-285f-4a0e-a9b4-12f33797b067.pdf>

Como señalamos, la ambivalencia estratégica que intentamos caracterizar aquí no debe pensarse como una contradicción de líneas políticas al interior del partido gobernante, sino como una estrategia hegemónica en tanto buscó anular una serie de actores bajo su órbita, encausar a otros y mantener su posición.

En síntesis, dicha política tuvo al menos cuatro objetivos: primero consolidar y sostener la imagen de México como espacio revolucionario; la búsqueda de estabilidad política al interior del territorio nacional; posteriormente mantener relaciones cordiales geopolíticas y diplomáticas con Estados Unidos, aunque estas variarán dependiendo de las coyunturas internacionales, y permitir a México ganar un prestigio internacional con las causas democratizadoras, progresistas y de izquierda en América Latina.

LAS DINÁMICAS DE LA AMBIVALENCIA ESTRATÉGICA EN DOS MOMENTOS HISTÓRICOS

La política antiimperialista mexicana, entre otros aspectos, se perfiló a partir de tres lineamientos: la difusión en el continente de una filiación latinoamericanista y de ribetes populares; la organización de una red de solidaridad de proyección continental; y, finalmente, la apertura de sus fronteras a los exiliados y opositores de las dictaduras de América Latina. Estas acciones fueron especialmente significativas en dos momentos particulares: las décadas de 1920 y 1970. En estas coyunturas, la política antiimperialista del gobierno mexicano en su dinámica ambivalente fue un elemento sustancial para la estabilidad interna del régimen, volviendo evidente la relación corporativa entre Estado y sociedad.

La imagen de México como país de puertas abiertas hacia los movimientos revolucionarios latinoamericanos inicia en la década de 1920, con la presencia de cubanos, peruanos, venezolanos, haitianos y nicaragüenses opositores a sus respectivos gobiernos. El papel del gobierno mexicano frente a estos grupos no se limitó a otorgar refugio, sino que permitió la organización y articulación de movimientos políticos y armados que, en varios casos, contaron el involucramiento gubernamental de formas no oficiales. La incursión Curazao encabezada por los venezolanos Gerardo Machado y Carlos León en 1929, *El Plan México* de Víctor Raúl Haya de la Torre en 1928 y el apoyo a Sandino en 1929 fueron los casos más emblemáticos (Galicia, 2015; Rivera, 2018).

Estos elementos contribuyeron al posicionamiento de México como referente antiimperialista para otros procesos sociales en el continente. Complementariamente, la imagen de Tierra Revolucionaria se sustentó en una importante fuerza social reconocida

constitucionalmente en 1917, la cual garantizaba derechos sociales, como el reparto agrario, la educación laica, regulaba las relaciones laborales y limitaba la presencia económica y política de Estados Unidos en México, especialmente en lo referente al acceso a los recursos naturales (artículo 27).

En la década de 1970 esta política se recreó en un contexto signado por las dictaduras militares del Cono Sur y las tradicionales dictaduras centroamericanas. En este periodo, los gobiernos de Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982) actuaron en función de una política que se asumió tercermundista. Particularmente, bajo el sexenio de Echeverría, se buscó posicionar a México como potencia regional en Centroamérica frente a la gravitación norteamericana (Vázquez, 2016) diversificando los contactos en el exterior y aumentando la presencia mexicana en los foros multinacionales. A partir de una política exterior activa, al tiempo que, como una medida de legitimación interna, Echeverría se vinculó al Movimiento de los no alineados y realizó numerosos viajes al exterior entre los que se destacó, por su significado político, la visita al Chile de Allende en 1972 (Sánchez, 2014).

En pos de constituirse como un referente en la región, el régimen asumió la representación de los movimientos populares mexicanos frente al movimiento solidario que se organizó en América Latina y Europa durante el auge de las dictaduras del Cono Sur. Al respecto, la retórica de la delegación mexicana en la Conferencia Internacional de Solidaridad con Chile realizada en Grecia durante noviembre de 1975 es ilustrativa. Ricardo Valero y José Murat, señalaban:

Formo parte de la delegación de México que participa en esta Conferencia y represento al Partido Revolucionario Institucional [PRI], agrupación política de profundas raíces históricas. Conforme a las peculiaridades y circunstancias específicas de nuestra vida nacional, el PRI organiza y encausa la acción de las mayorías populares, de los trabajadores del campo y de la ciudad, así como los sectores intermedios progresistas hacia las metas de transformación planteadas por nuestra revolución social. Al igual que los países avanzados del Tercer Mundo, esas metas y objetivos son la conquista de la cabal independencia y autonomía nacional; una permanente lucha contra el imperialismo y cualquier otra fuerza de opresión proveniente del exterior; la ampliación constante del sistema democrático y el logro de una convivencia social caracterizada por la justicia distributiva y el desarrollo compartido [cursivas nuestras] (CEN, 13-16 de noviembre de 1975).

En este marco, la vinculación del gobierno mexicano con los exilios de Centro y Sudamérica puede ser leída como un gesto hacia la región no solo para condenar la presencia norteamericana en la escalada autoritaria sino además para recomponer la imagen de referente

revolucionario del que había sido desplazado, en términos programáticos, con el triunfo de la Revolución cubana.

En su dimensión interna, las políticas de recepción de exilios, sobre todo los que arribaron desde el Cono Sur, cumplieron un rol fundamental abonando a la recuperación de la legitimidad del gobierno ante el desgaste que había provocado la matanza del 68. En este proceso, donde se conjugaron variadas iniciativas gubernamentales,⁵ el régimen disputó y logró hegemonizar el ideario antiimperialista ante distintas fuerzas sociales.

Así, la ambivalencia estratégica del régimen se manifestó al imbricarse dichas políticas con la represión hacia a la oposición en el plano local –cabe recordar que el Partido Comunista Mexicano estuvo proscrito desde 1951 hasta 1978–. A diferencia de los años veinte, como veremos, el objetivo principal del partido en el poder no fue neutralizar personalidades, sino eliminar política y físicamente a las organizaciones sociales que se habían creado y politizado desde los años cincuenta. Se puso en marcha un plan represivo que incluyó técnicas contrainsurgentes bajo la lógica de las dictaduras militares vigentes en el Cono Sur. A este proceso, que dista de estar asumido y documentado en la historia reciente del país, se lo ha denominado Guerra Sucia.⁶

SANDINO EN MÉXICO

En tanto sostuvo una continuidad histórica desde la década de 1920 y mostró la conjugación de dinámicas internas y externas, la ambivalencia estratégica del antiimperialismo mexicano se ha tenido una encarnadura privilegiada en el caso nicaragüense. Este tipo de relaciones entre México y Nicaragua durante el siglo XX se condensaron en tres momentos: en 1926 con la condena al golpe de Estado contra el presidente Carlos Solórzano y el apoyo a la resistencia del vicepresidente Juan Bautista Sacasa; en 1929 con el respaldo de la red de solidaridad que ayudó al Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua [EDSNN] liderado por Augusto Sandino, y durante el proceso de

5 La Reforma política de 1977 fue otro de las iniciativas gubernamentales que abonaron a la recuperación cierta legitimidad perdida del régimen entre en las clases medias y los sectores universitarios del país. (Ver, por ejemplo: Bayle, 2017, pp. 44-50).

6 Nuevos acercamientos han comprobado que México fue uno de los primeros países en aplicar técnicas contrainsurgentes bajo gobiernos democráticos. La represión recayó sobre todo contra la Liga 23 de Septiembre, movimiento guerrillero que articuló a los distintos grupos armados que operaron en territorio mexicano durante la década de los años setenta (López de la Torre, 2013).

lucha del Frente Sandinista de Liberación Nacional [FSLN], contra la dictadura de Somoza durante la década de 1970.

Uno de los procesos que signaron el origen de la política ambivalente del régimen estuvo definido por el movimiento guerrillero liderado por Sandino (1927-1934) y su estadía en México. La segunda visita de Sandino al país en 1929 ha sido uno de los episodios más controversiales de la historiografía sobre el levantamiento sandinista de los años veinte.⁷ El arribo del líder tenía la intención de obtener apoyo diplomático y militar por parte del gobierno mexicano, teniendo como referencia el apoyo obtenido por Sacasa en 1926. Sin embargo, en tres años la correlación de fuerzas que había permitido al gobierno mexicano apoyar a la resistencia nicaragüense se había modificado. Aquel año México iniciaba dos procesos fundamentales para su sistema político: el primero fue la institucionalización de la Revolución en el Partido Nacional Revolucionario [PNR], y el segundo fue la normalización de las relaciones con Estados Unidos, que desde el inicio de la lucha armada de 1910 se habían caracterizado por su conflictividad.

La normalización de relaciones entre los gobiernos de México y Estados Unidos trajo consigo la injerencia del embajador norteamericano Dwight Morrow en los asuntos domésticos, situación que contribuyó a la consolidación del grupo Sonora en el gobierno.⁸ Al mismo tiempo, el “caso Nicaragua” era fundamental para la política exterior mexicana, pues su posición se sostenía bajo el principio de la no intervención que había ganado muchos adeptos en el continente americano. México era considerado entonces como uno de los principales exponentes de los intereses latinoamericanistas.

Si bien las fuentes que describen este episodio entre México, Nicaragua y Estados Unidos son escasas, parciales y, en ocasiones, confusas, su análisis arroja luz sobre el objetivo de neutralizar la presencia de Sandino, remitiéndolo al estado de Yucatán. El historiador alemán Volker Wunderich documenta esta vinculación:

Desde un principio, el Ministro de Relaciones Exteriores, [Genaro] Estrada, expresó la previsión de que a Sandino no se le permitiera llegar a la

7 Para que el lector compruebe la complejidad del asunto lo remitimos a uno de los trabajos más rigurosos que ha tratado el tema: *Sandino. Una biografía política* (Wunderich; 1995/2010).

8 La incursión de Estados Unidos en la política interna mexicana incluyó la pacificación del levantamiento cristero, la negociación con las compañías petroleras norteamericanas, así como la multiplicación de las relaciones comerciales con compañías como Ford, National Bank of New York y Share Company, elementos fundamentales para la consolidación del grupo liderado por Plutarco Elías Calles en el gobierno, durante el periodo que se conoció como el Maximato (1928-1934).

Ciudad de México, sino que se le mantendría en un “Estado federal remoto como Yucatán, Chiapas o Tabasco. Kellog, el entonces secretario de Estado de Washington, comprobó personalmente el asunto, y en el término de cuatro días telegrafió su acuerdo con las propuestas mexicanas; de manera discreta transmitió el agradecimiento de los Estados Unidos por ‘otra señal de acercamiento que significaba el haber consultado en ese asunto’ (Wunderich, 2010, p. 237)

Se sabe que la reunión que Sandino buscó con el gobierno mexicano desde 1929 tardó ocho meses y se realizó en enero de 1930. Contrariando su pedido, no se le proporcionó armamento ni apoyo diplomático. En esta coyuntura, el gobierno de Emilio Portes Gil neutralizó a quien en esos años era la figura antiimperialista latinoamericana más importante, reduciendo su impacto a nivel continental y militar en Las Segovias, confinándolo a Yucatán y evitando dar respuestas a sus peticiones de apoyo diplomático y militar para sostener la lucha contra la presencia norteamericana en Nicaragua.

La ambivalencia del régimen se manifestó estratégicamente. En tanto la causa de Sandino gozaba de gran popularidad, se le otorgó reconocimiento especialmente a través de la creación del Comité Manos Fuera de Nicaragua [MAFUENIC]. Este estuvo conformado por las principales organizaciones antiimperialistas de la época que operaban en territorio mexicano: la Liga Antiimperialista de las Américas [LADLA]; la Alianza Popular Revolucionaria Americana [APRA]; la corriente unionista centroamericana; además de una magra organización obrera aglutinada en el Partido Comunista Mexicano, que pronto conocería su persecución y eventual proscripción.

Al mismo tiempo, la estadía de Sandino en México coincidió con una nueva etapa de la ocupación norteamericana de Nicaragua. La ausencia del guerrillero allanó el camino a las fuerzas norteamericanas y al gobierno nicaragüense para profesionalizar la Guardia Nacional, considerada la base del gobierno electo en 1928. Durante los diez meses que Sandino pasó en territorio mexicano:

[...] el número de tropas de los EE.UU. [fue] reducido de 3500 a finales de 1928 a 1400 miembros en 1929. Las tropas norteamericanas fueron retiradas de los frentes de guerra de guerrillas, y se limitaron en gran medida a mantener su presencia en los seguros cuarteles del litoral del Pacífico. La ofensiva de 1930 fue llevada a cabo por la Guardia Nacional y diversos destacamentos de voluntarios, quedando, no obstante, el mando todavía de los norteamericanos. (Wunderich, 2010, p. 272)

El protagonismo de la Guardia Nacional y su eventual profesionalización modificó el sentido del levantamiento liderado por Sandino. Durante este periodo de tiempo, la Guardia Nacional –institución parte

de los acuerdos de Tipitapa⁹ se fortaleció con elementos nicaragüenses, siendo retirados paulatinamente los marines norteamericanos y dando a la lucha contra la intervención extranjera un tinte de guerra civil. Como es sabido, será la misma Guardia Nacional que asesinaría a Sandino en 1934, depondrá al presidente constitucional Juan Bautista Sacasa en 1936 y, desde esa fecha, sostendría a la familia Somoza hasta el triunfo de la revolución sandinista en 1979.

EL COMITÉ MEXICANO DE SOLIDARIDAD CON EL PUEBLO DE NICARAGUA

La relación entre México y Nicaragua tuvo una nueva significación en los años setenta¹⁰ cuando la oposición a Somoza se fortaleció y logró impacto internacional. Nuevos acercamientos han incursionado en los vínculos entre el gobierno mexicano y las guerrillas centroamericanas (Vázquez y Campos, 2016; Ayerdis y Fernández, 2017) centrandó su análisis en las relaciones que desde 1978 se establecieron entre el FSLN y la diplomacia mexicana, así como el papel de la Dirección Federal de Seguridad [DFS] como órgano de inteligencia del gobierno mexicano. Consideramos aquí que dichas relaciones deben ser situadas en marcos políticos más amplios. En este sentido, al abordar los vínculos entre México y Centroamérica se vuelve necesario tener en cuenta el papel del Estado como articulador de organizaciones sociales en el plano nacional, así como la configuración de una narrativa que permitió a México posicionarse como un referente revolucionario en la región.

9 El también conocido como el Pacto del Espino Negro, fue un acuerdo firmado en 1927 por el representante del presidente estadounidense Calvin Coolidge y el general José María Moncada que pretendía dar fin a la llamada Revolución Constitucionalista iniciada en 1926. Entre los aspectos más importantes sobresale: la entrega de armas por parte de los insurrectos; la asunción de Adolfo Díaz en el poder hasta concluir el periodo del depuesto Carlos Solórzano; la creación de la Guardia Nacional organizada y dirigida por el ejército norteamericano; la convocatoria de unas elecciones supervigiladas y el apoyo en los comicios al General Moncada, todo esto auspiciado por la ocupación militar de Estados Unidos.

10 Cabe destacar que este tipo de dinámicas entre los gobiernos mexicanos y las fuerzas de oposición a la dictadura de los Somoza se sostuvieron en el tiempo. Aportaciones recientes señalaron que desde la década de 1940, con la fundación de la Unión Democrática Centroamericana [UDCA], opositores radicados en la Ciudad de México de Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala realizaron actividades de denuncia y planes de incursiones armadas, pronunciándose y manifestándose en importantes espacios públicos como la columna de la independencia, el hemiciclo a Juárez, auditorios de la Universidad Nacional Autónoma de México, el Ateneo Español, entre otros. (Fernández Ampíe, 2017).

Dar cuenta de cómo se articuló el trabajo diplomático, de inteligencia y propaganda de los gobiernos mexicanos durante este periodo es un trabajo que todavía debe realizarse y supera los objetivos de este artículo. Lo que nos interesa rescatar, como venimos argumentando, es que existió un armazón institucional y una narrativa hegemónica que vinculó a las organizaciones político-militares centroamericanas con el gobierno mexicano y que tuvo una dimensión estratégica interna. En el caso nicaragüense, la presencia de este armazón institucional tendrá una expresión privilegiada en el Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua [CMSPN], creado a fines de 1974.

Según el rol político que se atribuyó, el objetivo del CMSPN fue conformar un bloque latinoamericano de solidaridad con Nicaragua desde México a partir de la denuncia y condena de la dictadura somocista y la propaganda de las causas, fundamentos y acciones realizadas por el FSLN. Este objetivo se vio reafirmado en 1977 cuando el conflicto centroamericano tomó proyección internacional, sobre todo a instancias de la tendencia tercerista del FSLN que se concentró en armar una red de apoyo externo. La causa sandinista suscitó entonces amplias simpatías en la opinión pública mexicana. En las numerosas actividades de solidaridad que entonces se realizaron convergió un amplio arco de actores: desde personeros del partido oficial, diplomáticos y funcionarios de “el último gobierno de la revolución mexicana” –como se conoció al gobierno de José López Portillo– hasta intelectuales públicos, pasando por buena parte de la izquierda partidaria y de la izquierda sin partido (Vázquez, 2017, 14). En efecto, a partir de cierta transversalidad ideológica que habilitaba la política de solidaridad, el régimen priista logró hegemonizar buena parte de aquel espectro social.

A instancias de esta organización se tejieron finamente relaciones entre una serie de personajes, instituciones y espacios que legitimaron su existencia, sus posicionamientos ideológicos y sus acciones políticas en el plano nacional. De este modo, el CMSPN tuvo importancia no solo como vocero internacional de la situación en Nicaragua y simpatizante del FSLN, sino que legitimó las decisiones del gobierno local, por ejemplo, a fines de 1978 apoyó la resonante ruptura de las relaciones de México con la Nicaragua de Somoza. Como declaró su personalidad más reconocida, Carlos Pellicer, la proyección latinoamericanista del Comité se expresó en una variedad de actividades político-culturales:

[el Comité] tiene un órgano de divulgación y propaganda por medio de la *Gaceta Sandinista*. Esta publicación tiene circulación internacional, y dado sus colaboradores y el entusiasmo con el que se realiza este trabajo, puede decirse que nuestra *Gaceta* tiene una verdadera importancia. A esto

agregamos conferencias, reuniones periódicas del Comité, informaciones a organismos internacionales y a comités que están de acuerdo con nuestras ideas de liberación y con nuestras ideas revolucionarias (Entrevista a Carlos Pellicer, *Gaceta Sandinista*, núm. 5, 1976, p. 11).

La composición del grupo fundador del Comité es representativa de los lazos que vincularon las élites culturales a las esferas de la institucionalidad oficial. El comité fue fundado por los poetas Carlos Pellicer, Efraín Huerta, Juan de la Cabada, Thelma Nava, Juan Bañuelos, Jaime Labastida, Oscar Oliva, Sergio Mondragón; el veterano sandinista comunista Andrés García Salgado, Adalberto Santana y el periodista José Steinsleger.

En esta composición se distingue la confluencia de dos generaciones: la primera: Pellicer (1897-1977), Huerta (1914-1982), Juan de la Cabada (1899-1986) y Andrés García Salgado –quien luchó junto a Sandino en Nicaragua– vino a representar la continuidad con el proceso solidario de los años veinte que se articuló desde México. Particularmente Pellicer, Huerta y de la Cabada, participaron de distintas iniciativas políticas y culturales en el seno de distintas organizaciones sociales, en las cuales la solidaridad internacional fue una bandera recurrente. A instancias de estas personalidades relevantes del escenario cultural mexicano, se tejieron redes entre las organizaciones políticas y culturales y las instituciones estatales.

Carlos Pellicer es una figura emblemática en tanto operó como nexo entre la izquierda cultural y los aparatos del Estado. El poeta y ensayista tabasqueño fue un destacado representante de la intelectualidad mexicana.¹¹ A partir de su vínculo con José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública desde 1921 hasta 1924, Pellicer se posicionó en un lugar protagónico de la escena político-cultural. En aquellos años, formó parte del Grupo Solidario del Movimiento Obrero, fundado por Vicente Lombardo Toledano y Diego Rivera en 1922,¹² y en 1928 fue parte activa del Comité Manos Fuera de Nicaragua [MAFUE-NIC]. Por su parte, Juan de la Cabada estuvo vinculado desde 1923 a

11 Pellicer formó parte del grupo *Contemporáneos* y perteneció a la Academia Mexicana de la Lengua. Además, participó en destacadas instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México.

12 El Grupo Solidario del Movimiento Obrero dejó de tener actividad a mediados de 1923. Para muchos de sus miembros constituyó la primera experiencia de organización colectiva y contacto con los intereses y organizaciones de trabajadores, fue también el antecedente de importantes agrupaciones que acercaron la labor de artistas e intelectuales al pueblo, como el Sindicato de Obreros Técnicos, Pintores y Escultores (1922), la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (1933) y el Taller de Gráfica Popular (1937). <https://www.centrolombardo.edu.mx/grupo-solidario-del-movimiento-obrero/>

la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, así como a publicaciones emblemáticas de la izquierda mexicana –como *El Machete*, *El Libertador* y *Espartaco*– y espacios como el Taller de Gráfica Popular, fundado por Leopoldo Méndez y Pablo O’Higgins en 1937, siendo parte del PCM.

Ahora bien, el dato significativo es que en los años que operó el CMSPN, Pellicer, ocupó el cargo de senador de la república por el PRI como candidato externo. Así construye discursivamente su itinerario político:

Aunque no siempre en el PRI –recuerda el poeta– he sido político desde muy joven: desde que participé en la campaña del maestro José Vasconcelos para la Presidencia de la República. Esa fue la primera vez que estuve una temporada en Lecumberri. La última vez que cayó a la cárcel fue hace siete años por repartir, en el primer cuadro de la ciudad, “hojas violentas contra el imperialismo norteamericano”. Nunca ejercí la política como profesión, y por eso quedé muy sorprendido cuando *el nuevo gobierno me hizo el honor de ofrecerme la candidatura para senador por Tabasco. Acepté porque pienso que estaré en mejor posición para luchar por la causa de los campesinos* (Chávez, *Proceso*, 1976) [cursivas nuestras].

La participación de Pellicer, tanto en el campo político como en el cultural, allanó el terreno para aglutinar una serie de actores de un espectro ideológico amplio. El Comité incluyó así a aquella generación más joven: los poetas de Espiga Amotinada, quienes provenían de una izquierda cultural crítica a la Unión Soviética.¹³ Estos actores compartían y a su vez disputaban un imaginario antiimperialista, que era hegemonizado por el Estado y materializado en organizaciones como el propio Comité. Al respecto, las locaciones en las que se realizaron las actividades solidarias fueron elocuentes: la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma de Chapingo, la Casa del Lago en Chapultepec, el Museo Nacional de Antropología y

13 La segunda generación que conformó el Comité estuvo integrada por Bañuelos, Labastida y Oliva, quienes provenían del grupo de poetas *Espiga amotinada*. El grupo se fundó en 1960 con la publicación de un volumen colectivo (*Puertas del mundo* de Juan Bañuelos; *La voz desbocada*, de Óscar Oliva, *La rueda y el eco*, de Jaime Augusto Shelley, *Los soles de la noche*, de Eraclio Zepeda, y *El descenso*, de Jaime Labastida). En la historia literaria de México la *Espiga* fue reconocida por la búsqueda de la fusión entre la valoración estética –teniendo como referencia a *los Contemporáneos*– con la preocupación social. El grupo “desde un principio se opuso a establecer una separación tajante entre vanguardia política y Vanguardia literaria[...] Lo que deseaban, sin que lo hayan logrado totalmente, era hacer una renovación literaria, a la vez que asimilar posiciones revolucionarias”. No obstante, el grupo sostenía un rechazo unánime y terminante del “panfletismo” y lo que estuviera asociado al “realismo socialista” (Borgeson, 1989).

el Palacio de Bellas Artes. La presencia del CMSPN en estas instituciones fundamentales en la vida cultural e intelectual mexicana y de difícil acceso para otro tipo de actores fuera de la esfera de poder, evidenció el auspicio y financiamiento oficial a las actividades de solidaridad nicaragüense.

En síntesis, tanto en su composición como en sus actividades políticas y culturales, puede distinguirse un complejo entramado de intereses donde el gobierno mexicano fue un actor determinante. En efecto, los vínculos con la élite cultural y ciertas organizaciones sociales demostraron las particularidades de la solidaridad ejercida desde México con respecto a la causa centroamericana y evidenciaron los modos en que el gobierno intervino en la organización de ciertos actores sociales –sobre todo en aquellos que disputaban un ideario izquierdista– en su búsqueda de legitimación interna y proyección latinoamericana.

LA NARRATIVA ANTIIMPERIALISTA DE GACETA SANDINISTA¹⁴, 1975-1979

Un año después de su fundación, en 1975, el CMSPN lanzó la publicación *Gaceta Sandinista*. En sus páginas se discutió la situación nicaragüense, se informó sobre el desarrollo de la lucha encabezada por el FSLN y se promovieron las actividades del Comité. Su equipo editorial estuvo formado por cuatro de los miembros fundadores del Comité: Pellicer, Huerta, Nava y Mondragón, evidenciando el carácter orgánico de la publicación. La revista editó 24 números en su primera época y 4 en la segunda, cancelándose en 1979, cuando el triunfo del FSLN modificaría la naturaleza y los fines de las actividades de solidaridad.

En sus páginas se reforzó la narrativa revolucionaria, antiimperialista y latinoamericanista del régimen mexicano señalando la continuidad histórica de la solidaridad con Nicaragua desde los años veinte y destacando el papel que jugó México en el levantamiento encabezado por Sandino. En efecto, la *Gaceta* fue un elemento sustancial en la difusión de la política de solidaridad con Nicaragua en la opinión pública mexicana y además en la conformación de una red donde se

14 *Gaceta Sandinista* es una publicación poco conocida dentro del estudio de la solidaridad con el FSLN en la década de los años setenta. Actualmente se encuentra dispersa y disponible en: el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica [IHNCA] de la Universidad Centroamericana en Managua; el Centro Académico de la Memoria de Nuestra América [CAMENA] de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas [CeDIInCi] de la Ciudad de Buenos Aires y en el Archivo del Centro de Documentación de los Movimientos Armados [CeDeMA], Ref. A-41.

vincularon representantes del FSLN, miembros del gobierno y las élites culturales locales, e incluso miembros del exilio latinoamericano.

Desde los primeros números, la configuración de la solidaridad antiimperialista ligó al sandinismo con los intereses nacionales, y el CMSPN apelará a ella para justificar su tarea:

En el terreno de la solidaridad política, se es solidario con quien comparte los mismos intereses, con quien se alimenta del mismo pan de lucha, con quien está pendiente de los medios y los fines, de la táctica y la estrategia para derrotar al mismo enemigo. La solidaridad se manifiesta, sobre todo, en épocas de crisis cuando el enemigo parece más fuerte porque ataca más duro. El acto solidario refleja un movimiento dialéctico, ya que luchar por la liberación de otros, esta energía se nos devuelve enriquecida y nuestra liberación parece más clara (Nota editorial, *Gaceta Sandinista*, 1975, p. 1).

El acto solidario implicaba una filiación latinoamericanista que lógicamente fue más allá de la retórica. El CMSPN buscó encabezar la solidaridad continental con Nicaragua tejiendo una red internacional que incluyó una serie de Comités de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua alentados desde México en Estados Unidos, Cuba, Venezuela, Honduras, Costa Rica, Guatemala, y la existencia de una *Gaceta Sandinista* cubana, una venezolana, otra editada en Los Ángeles California, etc. (*Gaceta Sandinista*, núm. 10-11, 1976, p. 23).

En el plano local, las actividades realizadas por el Comité contaron con la presencia de chilenos, argentinos, uruguayos, guatemaltecos, salvadoreños, nicaragüenses y brasileños, entre otras nacionalidades, así como con la participación de representantes del FSLN y funcionarios del gobierno. Entre ellas destacan las sucesivas conmemoraciones del asesinato de Augusto Sandino realizadas entre 1975 y 1977, en cuyos programas figuraron intelectuales de renombre, muchos de ellos en el exilio: el argentino Rodolfo Puiggrós, el panameño Jorge Turner, el haitiano Gerard Pierre Charles, el boliviano René Zavaleta, el brasileño Francisco Juliao, el guatemalteco Mario Salazar Valiente, y el chileno Clodomiro Almeida. En el primer acto de conmemoración en el Palacio de Bellas Artes, Jorge Turner señaló:

[...] mi acendrado sandinismo, mi sentimiento antiimperialista, va naciendo a partir de esos recuerdos, y del recuerdo de la gran huelga inquilinaria en Panamá, que dio lugar a la intervención norteamericana. Luego se consolidó a través de una larga lucha que tiene por igual: errores y aciertos, derrotas y victorias, terribles sufrimientos y grandes alegrías. Hasta llegar a la madurez, al presente, en el que es posible decir, en este Palacio de Bellas Artes, que, hacia atrás de la época en que vivió Sandino está emparentado en línea recta con los próceres de la independencia de América Latina, y hacia delante con Ernesto "Che" Guevara y los combatientes vietnamitas. (Turner, *Gaceta Sandinista*, 1975, p. 7)

Este tipo de discursos es ilustrativo acerca de las dimensiones y significados que adquirió el antiimperialismo en esta coyuntura, asimilándose a la identidad sandinista y latinoamericanista.

La proyección latinoamericanista del Comité se reflejó asimismo en las páginas de la *Gaceta*, la cual incluyó algunos comunicados del exilio,¹⁵ así como en la sección “Actividades en el exterior” en las que se anunciaba, entre otras cuestiones, la creación de Comités de Solidaridad más allá las fronteras mexicanas, o la “Sección Internacional” y la sección de “Solidaridad internacional”. En estos apartados se reportaron conflictos armados en Centroamérica, por ejemplo, la desestabilización de Belice por parte de Guatemala, acciones de las FPL salvadoreñas contra el gobierno del presidente Molina (*Gaceta Sandinista*, núm. 17-18, 1976, p. 20).

Asimismo, *Gaceta* actuó como una plataforma de denuncia sobre los asesinatos, desapariciones y torturas a los que eran sometidos los nicaragüenses, especialmente aquellos pertenecientes al FSLN. En este plano, la legitimidad internacional del Comité se apoyó en redes que incluyeron organizaciones internacionales de Derechos Humanos como el Tribunal Internacional Bertrand Russell, Amnistía Internacional, Movimiento Internacional de Juristas Católicos y la Federación Internacional de Derechos del Hombre. También la revista difundió las actividades que el Comité realizaba para apoyar al FSLN, mítines políticos, encuentros, exposiciones y conciertos, así como conferencias de las figuras de la solidaridad sandinista más importantes: Ernesto Cardenal y Carlos Mejía Godoy.

En suma, y a partir de los elementos señalados, la narrativa desplegada en *Gaceta Sandinista* reflejó el carácter ambivalente que desde inicios del siglo XX caracterizó al régimen mexicano en sus vínculos de filiación con Nicaragua. En dicho discurso se omitió la actitud de los gobiernos mexicanos ante la visita de Sandino entre 1929 y 1930 y se puso énfasis en la continuidad histórica de la solidaridad con la lucha nicaragüense. En este sentido, con frecuencia la *Gaceta* hará referencia a uno de los primeros ejercicios solidarios del continente: el MAFUENIC, fundado en México en 1928 para apoyar la lucha encabezada por Sandino:

[...] el CMSPN, [...] nació como una respuesta a la lucha que ininterrumpidamente ha sostenido el pueblo nicaragüense contra la tiranía somocista, justo en la fecha de ejercer la más sanguinaria y oprobiosa represión contra el pueblo de Augusto César Sandino. El Comité retoma así el deber de

15 Aparecieron comunicados de Montoneros (*Gaceta Sandinista*, núm. 21-22, 1977, p. 23) así como rememoraciones de la masacre de miembros de la guerrilla argentina en Trelew.

patriotismo latinoamericano que emprendiera en el año 1928 los compañeros Julio Antonio Mella, Diego Rivera y tantos otros símbolos humanos de la lucha antiimperialista, al crear el organismo internacional “Manos Fuera de Nicaragua” (Nota editorial, *Gaceta Sandinista*, 1975, p. 2).

Desde estas referencias, el CMSPN definirá su tarea solidaria trazando una continuidad histórica y postulando la obligación moral de la intelectualidad mexicana y latinoamericana de apoyar el levantamiento nicaragüense. Este discurso destacó a las personalidades que formaron parte del MAFUENIC: el muralista mexicano Diego Rivera, los comunistas Agustín Farabundo Martí de El Salvador y Julio Antonio Mella de Cuba y el periodista norteamericano Carlton Beals –uno de los pocos que entrevistó a Sandino–, entre otros. Con respecto los años veinte, la narrativa histórica construida desde *Gaceta* apeló a una estricta selección del pasado donde se valoró como positiva la experiencia de Sandino en México, omitiendo los aspectos que podrían haber comprometido al régimen.

En síntesis, tanto la *Gaceta Sandinista* como el CMSPN expresaron la ambivalencia estratégica del régimen mexicano en la imbricación de sus dinámicas nacionales e internacionales. La narrativa antiimperialista y latinoamericanista señaló la continuidad histórica de la solidaridad con Nicaragua desde los años veinte destacando el papel que jugó México en el levantamiento encabezado por Sandino. Esta narrativa se sustentó en una interpretación particular de la Revolución mexicana que tuvo al latinoamericanismo como uno de sus principios fundantes.

CONCLUSIONES

Este trabajo, a partir del caso nicaragüense, constituye un primer acercamiento a la problematización de la imagen antiimperialista y latinoamericanista de los gobiernos mexicanos y el papel que estos tuvieron durante los procesos revolucionarios latinoamericanos del siglo XX. Para ello, buscamos evidenciar el engranaje político-institucional, las redes de actores y el discurso que dio forma y operatividad a lo que denominamos ambivalencia estratégica del régimen mexicano. En efecto, consideramos que el análisis del papel de México frente a los procesos revolucionarios del continente no puede prescindir del abordaje crítico de las características del régimen, tanto en el plano interno como en el externo y, más importante, en sus imbricaciones.

Desde esta arista, el antiimperialismo y la política de solidaridad gestadas desde México hacia Nicaragua en las décadas de 1920 y 1970 tuvieron al menos dos consecuencias. Primero, las lógicas corporativistas y hegemónicas que caracterizaron la relación entre Estado y

sociedad civil se expresaron en el ámbito internacional. Desde esta lógica, la orquestación oficial del entramado de solidaridad externa dificultó o bien neutralizó todo tipo de iniciativa autónoma por parte de la izquierda o los sectores populares mexicanos.

En segundo lugar, el discurso antiimperialista, latinoamericanista y la solidaridad elaborados desde México se sostuvo a partir de cierto prestigio internacional que contribuyó a la consolidación de la hegemonía del régimen al interior del territorio nacional. En esta lógica, la relación con Nicaragua evidenció las distintas dimensiones de la ambivalencia estratégica y se verificó una continuidad en el tiempo. Como analizamos aquí, la creación del CMSPN, su composición y sus actividades de difusión y denuncia, así como la narrativa elaborada desde las páginas de *Gaceta Sandinista*, fueron expresiones cabales de aquella lógica. Así, el Comité sostuvo un discurso de continuidad histórica de la solidaridad de México con Nicaragua, entre otros efectos, dando una connotación positiva a la estancia de Sandino en 1929.

Conscientes de que este trabajo es un primer acercamiento a la problematización de la imagen y el discurso de México como un país solidario y antiimperialista, no pasamos por alto la complejidad de sus diferentes encarnaduras de acuerdo a la coyuntura histórica y al país de referencia. En estas páginas nos centramos en la relación con Nicaragua y en ciertas características del régimen mexicano, ya que, aunque sus componentes han sido mencionados con anterioridad en numerosos trabajos, aún no se ha terminado de dimensionar en sus consecuencias dentro y fuera de territorio mexicano. Este trabajo entonces, buscó establecer los primeros pasos para un esfuerzo de sistematización y análisis de casos a partir del cruce de una nueva variable: la ambivalencia estratégica del régimen.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, P. P. (2002). Internacionalismo: un breviario. *New Left Review*, (14), 5-24.
- Bayle M. (2016). *México como escenario latinoamericano. Dictadura, revolución y democracia en la revista Cuadernos políticos (1974-1990)*. [Tesis inédita de maestría]. Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires.
- Borgeson, P. P. (1989). La espiga amotinada y la poesía mexicana. *Revista Iberoamericana*, (55), 148-149.
- CEN (13-16 de noviembre de 1975). Partido Revolucionario Institucional. Conferencia Internacional de Solidaridad con Chile, Atenas, Grecia. CeDeMA, ref. A-40.

- Córdova A. (1977). México: Revolución burguesa y política de masas. *Cuadernos Políticos*, (13).
- Córdova A. (1989). *La Revolución y el Estado en México*. México: Ediciones Era.
- Córdova, A. (1979). *La política de masas y el futuro de la izquierda en México*. México: Ediciones Era.
- Chávez, E. (1976). Carlos Pellicer senador: me acuso de no haber hecho el bien. *Proceso*. Recuperado de <https://www.proceso.com.mx/1857/carlos-pellicer-senador>.
- Fernández A. G. (2017). Las conspiraciones antisomocistas en la Ciudad de los Palacios, retaguardia de las luchas antidictatoriales centroamericanas. En M. Ayerdis y A. G. Fernández (Eds.). *Memorias del exilio y la revolución. Nuevos recorridos por las luchas centroamericanas del siglo XX*. Managua: Editorial Universitaria Tutecotzimi.
- Fernández Hellmund, P. P. (2015). *Nicaragua debe sobrevivir. La solidaridad de la militancia comunista argentina con la Revolución Sandinista (1979-1980)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Gaceta Sandinista* (1975). Nota editorial, 3, 1.
- Gaceta Sandinista* (1975). Nota editorial, 5, 2
- Gaceta Sandinista* (1976). Entrevista a Carlos Pellicer, 5, 10-15.
- Gaceta Sandinista* (1976). S. t., 10-11, 23
- Gaceta Sandinista* (s. f.). Comunicado de Montoneros, 21-22, 23.
- Galicia A. (2015). *La Revolución y el Guerrillero. El papel de México en el conflicto entre Nicaragua y Estados Unidos: la emergencia de Augusto C. Sandino*. [Tesis inédita de maestría]. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Galindo, H. (1919). *La Doctrina Carranza y el acercamiento Indolatino*. México: s. e.
- Kozel, A. et. al. (Coord.). (2015). *El imaginario antiimperialista en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini [CCC] / CLACSO.
- León Romero, F. (2017). *Encuentros y desencuentros en el exilio. Relaciones y vínculos entre las organizaciones armadas mexicanas, argentinas y el PRI (1974-1983)*. [Tesis inédita de maestría]. UNSAM, Buenos Aires.
- López de la Torre, C. F. (2013). Miguel Nazar Haro y la guerra sucia en México. *Revista Gráfica*, 10(1), 56-72.

- Rivera Mir S. (2018). *Militantes radicales de la izquierda latinoamericana en México, 1920-1934. Prácticas políticas, redes y conspiraciones*. El Colegio de México, México.
- Sánchez, F. (2014). “En la lucha contra el imperialismo, México y Chile de pie”. Salvador Allende en la política tercermundista de Luis Echeverría en la Guerra Fría interamericana. *Foro Internacional*, 218(4), 954-991.
- Turner, L. (1975). S.t. *Gaceta Sandinista*, 4.
- Vázquez Olivera, M. y Campos, F. (2016). México ante el conflicto centroamericano, 1978- 1982. Las bases de una política de Estado. En M. Vázquez Olivera y F. Campos (Eds.). *México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época* (pp. 21-48). México: Bonilla Artiga Editores / Centro de Investigaciones de América Latina y el Caribe.
- Wünderich V. (2010). *Sandinista una biografía política*. Managua: UCA-Editores. (Original publicado en 1995).
- Yanquelevich, P. P. (2010). *Ráfagas de un exilio: argentinos en México, 1974- 1983*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.